

CONTRASTES

Revista Internacional de Filosofía

Volumen XII (2007) • ISSN: 1136-4076

SUMARIO

ESTUDIOS

- Susan Haak* La integridad de la ciencia: significado e importancia
Jesús Alcolea Razonamientos no rigurosos y demostraciones
Rafael Cejudo El debate entre P. Pettit y A. Sen sobre la libertad
Antonio Diéguez La relatividad conceptual y el problema de la verdad:
Ricardo A. Espinoza Deleuze y Zubiri...en torno a una lógica de la
impresión
Javier Franzé La polémica de Strauss y Voegelin con Max Weber
José García Leal La condición simbólica del arte
M^a T López de la Vieja Los argumentos resbaladizos. El uso práctico
Angel Puyol Filosofía del mérito

DEBATES

- M^a Luz Pintos* Gurwitsch, Goldstein, Merleau-Ponty. Análisis de una
estrecha relación

NOTAS

- Roberto Augusto* La antropología filosófica de Schelling
Antolín Sánchez Cuervo El humanismo de Eduardo Nicol en su Centenario
Alicia Villar Muerte y pervivencia en Unamuno

MATERIALES DE INVESTIGACION

- Gemma Muñoz-Alonso* Anatomía de la investigación filosófica: claves
prácticas para la elección del tema

INFORME BIBLIOGRAFICO

- Juan Carlos Velasco* Un solo mundo o la perspectiva de la justicia

UNIVERSIDAD DE MÁLAGA

Un olvido en la memoria del exilio: El humanismo de Eduardo Nicol en su Centenario

ANTOLÍN SÁNCHEZ CUERVO
Instº de Filosofía-CSIC (Madrid)

Recibido: 10-02-2007 Aprobado definitivamente: 12-05-2007

RESUMEN

Pese a su relevancia en el horizonte del exilio español de 1939, la obra filosófica de Eduardo Nicol (1907-2007) no ha sido estudiada aún con el detenimiento que merece. A lo largo de más de una docena de libros planteó toda una reforma de la razón filosófica, sensible a preocupaciones medulares de nuestro tiempo. Entre otras, la metafísica, cuya crisis contemporánea asumió; la ética, a la que imprimió un sentido dialógico y comunicativo; los límites y prejuicios de la ciencia; o la reflexión hispanista.

PALABRAS CLAVE
FILOSOFÍA HISPÁNICA, METAFÍSICA, ÉTICA, CIENCIA

ABSTRACT

In spite of their relevance in the horizon of the Spanish exile of 1939, the philosophical work of Eduardo Nicol (1907-2007) has not still been studied with the thoroughness that deserves. Along more than a dozen of books it outlined an entire reformation of the philosophical reason, sensitive to medullary concerns of our time. Among other, the metaphysics, whose contemporary crisis assumed; the ethics, to which endowed a dialogical and communicative sense; the limits and prejudices of the science; or the hispanist reflection.

KEY WORDS
SPANISH PHILOSOPHY, METAPHYSICS, ETHICS, SCIENCE

EN 2007 SE CUMPLE EL CENTENARIO DE EDUARDO NICOL (1907-1991), uno de los filósofos más importantes del exilio español republicano de 1939. Nicol, a quien, con las debidas reservas que él mismo se cuidó de hacer, cabría ubicar en

la llamada «Escuela de Barcelona»¹, desarrolló la casi totalidad de su extensa obra en el México acogedor de dicho exilio, al que había llegado en 1939 a bordo del célebre barco «Sinaia», tras pasar un tiempo en el campo de concentración de Argelès-sur-mer. En México ejerció la docencia en la UNAM, de cuyo Centro de Estudios Filosóficos fue fundador con Eduardo García Maynez. Y publicó los libros *Psicología de las situaciones vitales* (El Colegio de México, 1941), *La idea del hombre* (México, Stylo, 1946), *Historicismo y existencialismo* (El Colegio de México, 1950), *La vocación humana* (El Colegio de México, 1953), *Metafísica de la expresión* (FCE, 1957), *El problema de la filosofía hispánica* (Tecnos, 1961), *Los principios de la ciencia* (FCE, 1965), *El porvenir de la filosofía* (FCE, 1972), *La primera teoría de la praxis* (UNAM, 1978), *La reforma de la filosofía* (FCE, 1980), *La agonía de Proteo* (UNAM, 1981), *Crítica de la razón simbólica* (FCE, 1982), *Formas de hablar sublimes: filosofía y poesía* (UNAM, 1990) y *Ideas de vario linaje* (UNAM, 1990).

Nicol se convertiría así en uno de los filósofos de lengua española más relevantes de la segunda mitad del XIX. Sin embargo, su obra no ha sido estudiada aún con el detenimiento que merece. Cuando menos, dicho estudio no ha recogido todavía –en esta orilla, al menos– los frutos de la creciente memoria de la que nuestro exilio más reciente ha sido objeto en los últimos años, como sí lo han hecho otras. Se trata en cualquier caso de una obra que se distingue en su conjunto no sólo por una coherencia y una cohesión internas notorias, sino también por una cierta y audaz aspiración sistemática, siempre y cuando entendamos el concepto de «sistema» sin pretensiones de cerrazón ni resabios modernos o decimonónicos. Es decir, como una unidad integral y ordenada² que, aun a pesar de su condición radicalmente insuficiente por la misma finitud de la reflexión filosófica como tal, distingue y distancia a dicha obra del «ensa-

1 A juicio de Nicol, no cabría plantear la existencia de dicha escuela en el sentido, por ejemplo, de su contemporánea «Escuela de Madrid», aglutinada en torno al magisterio y la influencia de Ortega a lo largo de un lapso temporal más o menos acotado. Tampoco, siquiera, en el sentido de un conjunto de afinidades doctrinales; pero sí «de tono y estilo», a la manera de una «comunidad caracteriológica», dirá en *El problema de la filosofía hispánica* (México, FCE, 1998, p.172). Entre otras –sugeriré más adelante– el gusto por el «sentido común», concebido no tanto como una facultad puramente epistemológica, como la facultad «de entendernos unos con otros respecto de las cosas» o como «el principio de comunidad de la razón» (pp.201ss), lo cual no deja de traslucir, por lo demás, el sentido hondamente comunitario y dialógico de la filosofía de Nicol, como enseguida veremos.

2 «Y me parece imposible embestir ningún problema singular de filosofía y penetrar a fondo de una forma suficiente sin que este problema nos remita a otros problemas, los cuales tampoco pueden tratarse monográficamente, sino que deben ser integrados en una unidad. Esta unidad es el sistema», afirma por ejemplo Nicol en un diálogo con Xavier Rubert de Ventós. Cf *Anthropos. Extra 3* (1998), p.21. Versión en castellano del diálogo original en catalán emitido en televisión en 1982 y recogido en *Pensadors catalans*. Barcelona, Edicions 62, 1987.

yismo» predominante en el pensamiento hispánico contemporáneo, y con el que no en vano Nicol polemizó. Señaló, cuando menos, su tendencia esteticista y su consecuente tentación personalista e intimista, alejada de los imperativos de un pensamiento responsable y comprometido con los problemas de la comunidad. A esa misma vocación «estética» propia del «espectador» orteguiano, que el también exiliado en México José Gaos recogió y maduró hasta convertirla en uno de los ejes caracteriológicos del pensamiento en lengua española, contrapuso Nicol la vocación universal de «pensar con rigor las cosas graves»³. A las ideas «lucidas» contrapuso las ideas «lúcidas». Lucidez velada además por un ensimismamiento, no ya en la forma, sino también en los contenidos, al menos a partir del noventayochismo; la obsesión por reencontrarse a si mismo que desde entonces domina al intelecto español –ejemplar en obras como las de Unamuno y Ortega, especialmente en meditaciones como las que se centran en el quijotismo– traicionaría en este sentido la máxima aspiración de todo filósofo, cifrada en la universalidad, entendida no como una abstracción conceptual o una idea reductora, sino como integración práctica de lo particular en la comunidad problemática de lo universal y proyecto ilimitado de convivencia. «Hay que *ser* más y preguntarse menos por lo que uno sea», afirma Nicol en este sentido. «Y si, hoy en día, la filosofía de los españoles consigue abrir un camino propio en la maraña de las doctrinas vivas y universales, si logra proponer teorías nuevas y verdades propias, España *será* en esas verdades y teorías nuevas, mucho más que en la continuación de esa filosofía de la propia circunstancia, que es un asunto doméstico y no universal»⁴. Lo cual no significa devaluación de la propia tradición –en medio de la cual considera Nicol ejemplares las aportaciones de Vives, Suárez o Vitoria–, sino advertencia de su tentación individualista y ensimismada, siempre estéril ante los grandes problemas de España: el afán de guerra y de dominio, la intolerancia a la diferencia y la ausencia de una verdadera ciudadanía⁵.

Precisamente por su compromiso con la universalidad y la aspiración sistemática, la filosofía de Nicol es susceptible de ser abordado desde una amplia diversidad de temas y problemas. Entre otros, la metafísica, cuya crisis

3 Cf. *La vocación humana*. Presentación de Enrique Hülsz. México, Lecturas mexicanas, 1997, p.235. No en vano su polémica con el propia Gaos, recogida en diversos textos de ambos filósofos. Cf. Armando Savignano: «El problema de la filosofía española», en *Antrhopos...*, pp.158-163. En la p.162 (nota 36) se documenta bibliográficamente dicha polémica.

4 *La vocación humana.*, p.229.

5 Cf. el ensayo «Conciencia de España», en *La vocación humana*, pp.227-245; también, obviamente, *El problema de la filosofía hispánica*, obra en la que justifica dicha tendencia autorreflexiva en la caso del pensamiento iberoamericano, en virtud de la compleja y problemática cuestión de la identidad nacional que ha de afrontar a partir de las revoluciones de Independencia.

contemporánea asumió y ante la que planteó respuestas originales; la ética, a la que imprimió un sentido dialógico y comunicativo de indudable actualidad; el lenguaje o –empleando un término más nicoliano– la expresión, en la que cimentó toda una visión del hombre; los límites de la ciencia, algunos de cuyos prejuicios desactivó y cuyos derroteros deshumanizantes actuales afrontó; o la reflexión en torno a nociones como las de «vida» y «existencia», en medio de la cual dialoga críticamente con Bergson y Heidegger, entre otros autores contemporáneos de referencia⁶. Todas éstas y otras cuestiones aparecen con frecuencia entrelazadas, remitiendo unas a las otras. Pero es el problema del hombre uno de sus hilos conductores fundamentales. Más allá de su explicitación a propósito del lenguaje, la expresión y la intersubjetividad u otras cuestiones como la acción, toda la obra de Nicol comporta una reflexión sobre la condición humana. Toda obra filosófica lo es de alguna manera, pero, en este caso, alguna singularidad ofrece la indagación acerca del hombre. Nicol concibió la filosofía, ante todo, como una respuesta eminente a la vocación o a la llamada de la vida. O mejor dicho, como una vocación singular cuyo fin es la interrogación acerca del peculiar lugar del hombre en el mundo. El hombre –había dicho Nicol en uno de sus últimos textos– «es el único ser que interroga. Todo cuanto le rodea suscita preguntas», y compete a la filosofía «el oficio de preguntar». El filósofo «interroga por oficio»⁷. La identidad, en definitiva, entre preguntar y responder propia de la tarea filosófica tal y como Nicol la entiende, nos adelanta por cierta el decisivo papel que la dimensión dialógica desempeñará en su pensamiento, pero es en cualquier caso el hombre una preocupación medular del mismo. Filosofía es para Nicol insoslayable y constante re-creación de lo humano en la medida en que el hombre es vocación siempre abierta, posibilidad radical y tensión vital inagotable. De ahí su sentido eminentemente humanista, el cual no es sencillamente asimilable a una fenomenología existencial, aun cuando sintonice no poco con ella. La aproximación de Nicol a la experiencia humana es más inmediata y vital. No en vano encuentra sus primeras motivaciones cronológicas en el ámbito de la psicología. En su temprano libro *Psicología de las situaciones vitales*, plantea una psicología «científica» en términos de comprensión humana, la cual rebasa el ámbito meramente biológico para inscribirse en el histórico –o «sobre-natural», como dirá Nicol en un sentido literal, en no pocos lugares de su obra–. De ahí la relevancia de conceptos irreductibles a la

6 Una introducción general al pensamiento de Nicol puede encontrarse por ejemplo en José Luis Abellan: *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939*. México, FCE, 1998, pp.65, 99, además de en el monográfico ya citado de *Anthropos* y el volumen colectivo *Eduard Nicol: semblanza d'un filòsof. Edició a cura d'Angel Castiñeira*. Barcelona, Acta, 1991. Para más detalles, cf. Juliana González: *La metafísica dialéctica de Eduardo Nicol*. México, UNAM, 1981; Ricardo Horneffer: *Eduardo Nicol*. Colegio de Jalisco-Generalitat de Catalunya, 2000

7 «Del oficio», en *Anthropos, o.c.*, p.167.

explicación científico-natural tales como el de situación y el de expresión, tan caro este último para el desarrollo de su obra posterior.

Pero dicha aproximación también es más ética. Menos aún es el humanismo de Nicol equiparable a un «humanitarismo», pero no por ello deja de concebirse como un compromiso marcadamente ético con la comunidad, tal y como sugería ya su crítica del ensimismamiento español. Humanismo para Nicol es en definitiva «autenticidad» y «forma de ser», «adquisición y retención constante de mismidad»⁸, vocación eminente, teórica y práctica al mismo tiempo. Teórica porque, si el humanismo en juego no depende –directamente al menos– de las articulaciones y los moldes preconcebidos a partir de una ontología o una fenomenología existencial previa, no por ello es indiferente a las preguntas de la metafísica, máxime en el horizonte actual de su crisis radical. Precisamente uno de los rasgos más preeminentes del hombre, a juicio de Nicol, es su inserción en la realidad o el ser, del que está llamado a dar razones y cuya presencia total es la fuente de sus interrogaciones más elementales. El hombre es «el ser que habla del Ser»⁹ y no en vano llega Nicol a plantear toda una refundación de la metafísica, entendida, bien es cierto, de una manera singular y poco convencional. Acepta la fórmula tradicional de la metafísica como una «filosofía primera», pero, lejos de buscar su evidencia apodíctica en un mundo de esencias trascendentes y transfenoménicas, allende la experiencia, lo hace en medio de esta última. Nicol adopta el método fenomenológico de Husserl para recuperar la certeza de «las cosas mismas» tal y como se presentan a la conciencia, pero prescinde de toda «epojé» o toda tentación idealista que pudiera traicionar la simple objetividad de este retorno a las cosas. Dicho método, llevado a cabo sin esos deslizamientos hacia nuevas contraposiciones entre el orden de las esencias y el de las apariencias, que no harían en definitiva sino reproducir los dualismos propios de la metafísica tradicional, puede conducirnos según Nicol hacia una superación de la crisis en la que esta última se halla sumida. En realidad, el problema del ocultamiento de las esencias y de la imposibilidad kantiana de la metafísica como ciencia, que tanto ha atormentado a la teoría del conocimiento durante los dos últimos siglos, finalmente consumado en términos nihilistas, es para Nicol un falso problema. El método fenomenológico, llevado con coherencia hasta sus últimas consecuencias, muestra a su juicio que, en realidad, no existe tal dualismo ni tal contradicción puesto que sus términos supuestamente antagónicos son uno y el mismo: las esencias son aparentes, el ser es fenoménico y espacio-temporal, la realidad es presencia y totalidad intrínsecamente diversa. No hay, pues, ningún misterio ni abismo insondable

8 *Ideas de vario linaje*, p.410. Citado por Enrique Hülsz Piccone en «Metafísica y humanismo en la obra de Eduardo Nicol», en *Anthropos...*, 79.

9 *La idea del hombre*. México, FCE, 1998, p.78

en torno a lo absoluto. «Lo absoluto es el hecho de que *Hay Ser*», el cual es evidente por sí mismo y legible en su concreción fenoménica. «En el sentido más estricto, es una *verité de fait*». Es «la proximidad absoluta» y la contingencia es, por tanto, «su única manera de presentarse»¹⁰. No está reñido, por tanto, con el devenir, ya que el ser es diverso y cambiante, lo cual lleva a Nicol a imprimir en su singular fenomenología un marcado y no menos singular sesgo dialéctico: ser y devenir son en realidad idénticos, ya que ambos son indisociables en el acontecer fenoménico de la realidad.

Pero «ser» es en definitiva «expresión», pues si el hombre es el ser que habla del ser y éste es presencia continua, el lugar de su evidencia no puede ser otro que el lenguaje. Para Nicol, el ser se hace evidente en el lógos, entendido no como especulación, ni siquiera como discurso, sino como palabra, comunicativa por definición. Es decir, como diálogo, pues si la experiencia del ser adquiere plenitud en su reducción a presencia fenoménica y ésta se hace diáfana en el lenguaje, el problema del solipsismo deja de tener sentido. Ser es expresión y el hombre es el ser de la expresión. La *Metafísica de la expresión*, una de las obras más relevantes de Nicol, discurrirá en este sentido.

Nicol quiere rescatar así, no ya la admiración aristotélica que provoca la experiencia inmediata del ser, sino también las primeras intuiciones de la metafísica occidental, anteriores incluso a Parménides. Nicol recuerda cómo ya los milesios encontraron en la intuición del ser en su totalidad presencial una evidencia que a partir de Parménides y, sobre todo, Platón, empezaría a verse interferida por un dualismo cuyo despliegue contradictorio y atormentado desembocará finalmente en el escepticismo contemporáneo; todo ello fruto, en realidad, de un pseudo-problema.

Pero, liberada de dualismos (absoluto-contingente, ser-devenir, ausencia-presencia, interioridad-exterioridad...), la teoría exige y al mismo tiempo posibilita toda una traducción práctica. Metafísica y ética son también confluentes en el universo filosófico de Nicol: el hombre, en tanto que actor del lógos, está llamado a dar razones de la realidad. En ello reside precisamente su vocación humana primordial y en ello se juega su «ethos» o su lugar en el mundo; o sencillamente, su ser libre, el cual es ante todo historicidad. El hombre libre –dirá Nicol por ejemplo en la primera parte de *La idea del hombre*– afronta dialécticamente el azar y la necesidad, y el resultado de esta confrontación no es otro que la historia, entendida como un proceso existencial que aspira a reconocerse entre la mecanización fatalista y el irracionalismo desprovisto de un sentido o un fin. El hombre es libre porque está condenado a escribir su propia historia dando razones de la realidad en la que se halla indecisa e inmerso.

¹⁰ *Ibid.*, pp.72s.

Que el hombre sea ante todo historia ya lo había puesto sobradamente de manifiesto Ortega, pero, en el caso de Nicol, la historicidad humana muestra una mayor magnitud ética. En primera instancia, porque se subraya el carácter moral del hombre en busca de su propia historia. «El hombre es acción», afirmará con frecuencia Nicol incidiendo en dicho carácter, cuya impronta en el «yo» orteguiano en pugna con su circunstancia es más débil, o al menos más tenue y difusa. Pero también por la manera en que Nicol concibe esta acción: el hombre es libre y es moral, no ya porque esté llamado a dar razones de la realidad o porque lo haga en medio de una historicidad ineludible, sino también porque su libertad es respuesta a una alteridad que constantemente le interpela. No es entonces «mi vida», sino la vida comunitaria el eje vertebrador del «ethos» humano. De ahí la crítica de Nicol por añadidura hacia el contractualismo, el cual abstrae artificialmente la entidad aislada del individuo, autorizándole «a regatear en el cumplimiento de su contrato»¹¹; es decir, justificando un individualismo moral y político que amenaza y devalúa el sentido comunitario de dicho «ethos». De ahí asimismo la condición dialógica de la expresión y del lenguaje, acaso constreñida bajo los artificios y las abstracciones del pragmatismo.

Pero este compromiso ético resulta no obstante titánico a juicio del propio Nicol, habida cuenta del dominio global y uniforme del cientismo instrumental, que él mismo diagnosticó en dos de sus libros fundamentales como *La reforma de la filosofía* y *El porvenir de la filosofía*. Recapitulando un siglo particularmente violento, a partir sobre todo de la guerra de 1914, Nicol reconocerá en el dominio de la ciencia tecnificada –mucho más que en la disolución de la metafísica tradicional– el mayor desafío que afronta la razón filosófica en la actualidad, hasta el punto de comprometer su propia existencia. El «dominio totalitario de la utilidad»¹², de una «razón de fuerza mayor» –como dirá a menudo– o de una razón puramente funcional que ha dejado de dar razones acerca del mundo para explotarlo técnicamente, supone para Nicol toda una amenaza de muerte para la vocación filosófica y su significación humanista. El constreñimiento de la libertad bajo la necesidad y el conflicto radical entre historia y naturaleza; la devaluación de la universalidad en uniformidad tecnificada y de los vínculos comunitarios en vínculos de especie; la sustitución del diálogo por el discurso y de la búsqueda de la verdad por la lucha por la subsistencia –esto es, de la ciencia por la tecnología–; la creciente irracionalidad de la política y la progresiva instauración de una cultura de la violencia; o la deshumanización de la economía y la desigual distribución de recursos, son algunos de los caracteres de esta racionalidad forzada –y en definitiva contradictoria por su misma irracionalidad–, cuya raíz caló bien Nicol, aunque no

11 *La vocación humana*, p.83.

12 *La reforma de la filosofía*. México, FCE, 1980, p.21.

sin una cierta ambigüedad. Quizá no se distinga con toda nitidez la doble raíz que parece apuntarse: por una parte, causas de orden más bien natural como el agotamiento de los recursos del planeta o la superpoblación. Por otra, la misma tendencia a la barbarie paradójicamente inscrita en el desarrollo de la razón científica moderna. Un mayor acento en esta última hipótesis, a expensas de un cierto análisis de los procesos objetivos del capitalismo desarrollado, podría haber acercado al pensamiento español contemporáneo a la tradición de la teoría crítica. En cualquier caso, la reflexión de Nicol no deja de tener una notoria actualidad en ámbitos tan diversos como la crítica del cientismo tecnológico en plena era global, la crisis del pensamiento metafísico, la discusión en torno a los límites y las posibilidades del comunitarismo y de la razón comunicativa, o la reflexión hispanista, entre otras.

ANTOLÍN SÁNCHEZ CUERVO. Doctor en Filosofía, Investigador Contratado del Inst^o de Filosofía del CSIC y miembro coordinador del Programa *Pensar en español* de dicho Instituto.

Publicaciones recientes:

El pensamiento krausista de G. Tiberghien. Madrid, UPCO, 2004, 526 pp. *Las polémicas en torno al krausismo en México*, comp., México, UNAM, 2004, 428 pp. *Krausismo en México*. México-Jitanjáfora, UNAM, Morelia, 2003, 350 pp.

Línea de investigación:

Pensamiento iberoamericano, Filosofía de la cultura, Historia y memoria

Dirección postal:

Instituto de Filosofía. Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).-C/ Pinar, 25 -Madrid 28006.- 91 411 70 05, ext.16

Dirección electrónica: ascuervo@ifs.csic.es